

¡Chócala, Mohamed!

Carlos LARRÍNAGA
Historiador

La reciente celebración de la reunión del G20 en Buenos Aires concluyó con un acuerdo de mínimos para satisfacción de Donald Trump. Es lo que suele ocurrir frecuentemente en este tipo de encuentros. Sin embargo, trascendiendo el contenido final de la declaración, quisiera destacar algunas imágenes que se han podido ver en los medios de comunicación. Sin duda, después del caso Khashoggi, los analistas y observadores estaban muy pendientes del trato que dichos dignatarios iban a dispensar al príncipe heredero de Arabia, Mohamed Bin Salman. Sobre quien recaen todas las sospechas de haber ordenado su asesinato en el consulado saudí de Estambul el pasado 2 de octubre. A este respecto, fue sumamente elocuente la foto de familia de la reunión, con un Bin Salman relegado a una esquina de la segunda fila, únicamente al lado de Luis Alberto Moreno, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo. Es decir, sin ningún jefe de Estado o de gobierno haciéndole compañía. ¿Quizás ningún dirigente quería ponerse junto a él? Desde luego, este tipo de instantáneas no son neutras y la ubicación de los líderes suele estar calculada. Por ejemplo, cabe recordar el manotazo que Trump propinó al primer ministro de Montenegro para ponerse en la primera hilera en la cumbre de la OTAN de mayo de 2017 en Bruselas.

No obstante, más relevante fue el efusivo saludo de Vladímir Putin a Mohamed Bin Salman, al chocar las palmas de sus manos, como si de viejos amigos se tratara. Un gesto así delante de las cámaras no era inocente y llevaba un mensaje de apoyo implícito. De hecho, a pesar de las pruebas existentes, el inquilino del Kremlin viene apostando por la cautela en este asunto y por no cargar las tintas contra el delfín del anciano rey Salman. Por consiguiente, la intencionalidad política era evidente, en un momento, no hay que olvidarlo, en que Rusia está reforzando su posición en Oriente Próximo. Y es que a Moscú no le conviene en absoluto una alianza inquebrantable entre Washington y Riad, quedándose fuera de juego. Cuando empezamos a saber muchos detalles de la probable implicación de Bin Salman en el expediente Khashoggi, la Casa Blanca ha querido dar carpetazo al asunto. Los datos que se desprenden del informe elaborado por la CIA son bastante esclarecedores, por lo que, con su actitud, ¿la Administración Trump va a desechar las conclusiones de su Agencia Central de Inteligencia o simplemente las va a ignorar? Es lo que está haciendo por ahora, ya que, como se ha insistido a menudo, el contrato de armamento firmado con Arabia supone numerosos puestos de trabajo, además de querer seguir contando con Riad como fiel aliado en la región. Pero por si hubiese alguna grieta en esta entente, ahí está Putin para dar soporte a Bin Salman. Al fin y al cabo, ¿cuántas veces el propio presidente ruso ha sido acusado de estar implicado en la muerte de periodistas, opositores, espías, etc.?

Al margen de esta lectura, debemos insistir en el papel reforzado de Rusia tras su decisiva intervención en la guerra de Siria. Es cierto que, históricamente, sus relaciones con el Islam han sido complicadas. Lo fueron en los siglos XIX y principios del XX con el Imperio Otomano, al punto que el zar se erigió en el defensor de los cristianos ortodoxos sometidos a la Sublime Puerta. Por no hablar del genocidio armenio. Después, establecida ya la República de Turquía, Ankara optó por integrarse en la OTAN, enemiga militar de la Unión Soviética. Incluso, dentro de la URSS, los problemas con las repúblicas de mayoría musulmana estuvieron latentes, de suerte que los informes de los años setenta y ochenta advertían ya del peligro de las altas tasas de natalidad de estas entidades frente a las repúblicas eslavas. Con el desmembramiento de

la URSS estos temores quedaron conjurados, aunque las minorías musulmanas internas siguieron constituyendo un desafío, con Chechenia a la cabeza. En paralelo, Moscú aplaudió la creación del Estado de Israel confiando en que los judíos de la Europa Oriental tendrían un papel fundamental en la nueva geo-estrategia derivada de la Guerra Fría.

Terminada ésta y tras el shock inicial de la desaparición de la Unión Soviética, la Rusia de Putin está tratando de reorientar su aproximación al mundo musulmán. A sus vínculos con Azerbaiyán, ex república soviética, el mandatario ruso ha sido capaz, en el contexto del conflicto de Siria, de encauzar los siempre difíciles nexos con Turquía, cada vez más alejada de Estados Unidos, con un Erdogan herido por la indiferencia de Obama en el golpe de Estado de 2016. Al mismo tiempo, su alianza con Irán ha salido reforzada al combatir al Estado Islámico y a los grupos opositores rebeldes al presidente Bashar al-Asad. De modo que hay que hablar de una coalición formada por Moscú, Teherán y Damasco, a la que podríamos añadir Bagdad e incluso Pekín en otro plano. Precisamente, su ascendiente sobre el gobierno persa podría ser aprovechado por Putin en una posible resolución de esa confrontación atroz que enfrenta a Arabia e Irán por hacerse con el control de la zona, mostrándose como paladines del sunismo y el chiísmo, respectivamente, y que tienen a Yemen como tablero de juego. Con un Trump errático e imprevisible, Putin puede estar queriendo estrechar lazos con Bin Salman para ejercer una mayor influencia en ese área tan convulsa del mundo. En este sentido, el marco de la OPEP puede ser un buen escenario. Por lo cual, no estaríamos ante un simple chócala.

3 de diciembre de 2018

Publicado en *El Diario Vasco*, 13 de diciembre de 2018, p. 22